

Mundo, acción y texto en la fenomenología hermenéutica de M. Heidegger

Adrián Bertorello (UBA – CONICET)

Heidegger no reflexionó explícitamente sobre la noción de textualidad. El eje de su atención fue siempre la formación de conceptos (*Begriffsbildung*) y la explicación genética del enunciado (*Aussage*). En ambos casos ensayó lo que podría caracterizarse como una concepción pragmática de la significación. Los conceptos llevan en sí mismos las marcas de una historia que tiene que ser reconstruida para comprender su significado. Los enunciados, por su parte, apuntan siempre a un contexto enunciativo a partir del cual tienen sentido. Incluso la cópula no agota su significado en unir el predicado con el sujeto, sino que posee un valor eminentemente referencial. El “es” mienta el contexto del que todo enunciado emerge.

La historia de los conceptos y el contexto enunciativo de los enunciados son dos maneras diversas de expresar lo que Heidegger llama el mundo. Los conceptos se forman a partir del mundo y los enunciados dirigen la mirada siempre a una trama significativa previa. El lugar de la textualidad en la fenomenología de Heidegger está precisamente en la noción de mundo.

Un indicio de esta idea aparece en la lección del semestre de invierno de 1919|1920 *Grundprobleme der Phänomenologie*. Aquí aparece el concepto de suelo de la experiencia (*Erfahrungsboden*) para explicar el hecho de que la objetivación científica no flota en el vacío sino que se origina en la vida misma. El rasgo fundamental de este suelo es que tiene el carácter de un tapiz. Heidegger remite al poema de S. George *Der Teppich*. El poema tiene un valor argumentativo: muestra mediante una metáfora la condición textual del mundo. El suelo de la experiencia es enredado (*wirr*), entreverado (*durcheinander*) al igual que el tapiz de S. George. Su estructura es la significatividad, esto es, la conexión de significados pragmáticos que estructura deícticamente el mundo.

Intentaré trasponer esta metáfora del tapiz que Heidegger simplemente menciona al comienzo de los años veinte al plano del análisis del mundo en *Sein und Zeit*. La fenomenología del mundo sigue el eje explicativo de la intencionalidad. El punto de partida es el correlato objetivo, es decir, el útil que el Dasein manipula cotidianamente. Luego el análisis gira y hace entrar en la explicación el correlato subjetivo de la intencionalidad. En este segundo momento aparece el Dasein que manipula el útil. Como resultado de esta explicación el mundo, o dicho con más rigor, la mundanidad, se presenta como un sistema de relaciones de índole pragmática que funciona como una red semántica a priori (SuZ: 88). El nexa que las vincula es lo que Heidegger denomina “significatividad” (*Bedeutsamkeit*) (SuZ: 87). El sentido de esta expresión es de índole deíctico. La idea es que cada uno de los momentos de la relación indica, remite o significa la otra. El sistema de relaciones de la significatividad es el siguiente: el “por mor del que” (*Worumwillen*) remite-indica o significa el “para” (*Um-zu*), el “qué” (*Wozu*) y el “con...en” (*mit...bei*) de la condición respectiva. La significatividad es la mundanidad del mundo.

Ahora bien, la pregunta que surge de esta caracterización del mundo es la siguiente: ¿por qué la significatividad como expresión del sistema de relaciones constitutivas del mundo tiene una estructura textual? El criterio mínimo de textualidad es lo que la lingüística textual denomina “coherencia”. Este concepto expresa que una determinada secuencia discursiva se constituye como texto cuando el intérprete puede asignarle un sentido total o, dicho de otra manera, cuando para el lector dicha secuencia aparece como un conjunto de significados con sentido. Por eso la condición necesaria y suficiente para que haya texto o,

lo que es lo mismo, el criterio mínimo de textualidad no está en el texto mismo (secuencia discursiva), sino fuera del texto, es decir, en el intérprete. La coherencia semántica de una secuencia presupone la mediación de la subjetividad (Bertorello, 2006 y 2007).

Voy a sintetizar mis reflexiones sobre la condición textual del mundo en cuatro puntos:

1. Mundo y acción

La noción de mundanidad como un sistema de relaciones en las que “el por mor del que” indica un “para”, un “para qué” y un “con...en” pone en evidencia que la estructura textual se mueve en el ámbito de una teoría general de la acción. “El por mor del que” expresa el aspecto volitivo (el *Wille* del *Worumwillen*) e intencional del obrar humano. En la medida en que este concepto es el primer eslabón de la concatenación de relaciones, tiene que ser considerado como el fundamento de la coherencia del obrar humano. Un objeto producido, un artefacto (así también como las acciones ligadas a su realización), dependen semánticamente del acto de producción. Heidegger mira el obrar humano como una acción con sentido y coherente desde el punto de vista de su producción. La razón más profunda de este proceder está en la lectura que Heidegger hace de la tradición filosófica griega, especialmente de Aristóteles. El sentido del ser dominante para los griegos y el hilo conductor de toda investigación ontológica es la producción (*Herstellung*) (Bertorello, 2005). El sentido del ser del ente paradigmático (el útil o artefacto) no sólo expresa que “está a la mano” o a “disposición” de las diversas ocupaciones del *Dasein*, sino también que su transparencia ontológica depende del trato productor del *Dasein*. El útil lleva consigo un sistema de relaciones coherentes porque, cuando el análisis fenomenológico cambia de perspectiva y gira la mirada desde el útil al ser del *Dasein*, descubre, primero, que alguien lo usa desde una determinada intencionalidad pragmática (*Worumwillen* y *Um-zu*) y, segundo, que su “ser a la mano” se origina en un acto de producción o, dicho de otra manera, en la fabricación del artefacto (tanto de la obra como del útil). De ahí es que la coherencia interna del útil y de la obra remitan al sentido que un sujeto histórico y práctico le asigna. El ejemplo del carácter “a la mano” de la naturaleza también explica que sus significados están en función de la coherencia pragmática del *Dasein*: “El bosque es parque forestal (*Forst*), la montaña es cantera, el río es fuerza hidráulica, el viento es viento «en las velas»” (SuZ: 70).

2 Acción humana y sentido

De lo recién dicho se desprende que la acción humana es un texto anterior a su articulación lingüística. El sentido de esta afirmación es la siguiente: la acción es una totalidad de relaciones de sentido puramente pragmáticas en las que el *Dasein* se orienta no sólo respecto de sí mismo, sino también de los entes. El sentido primero de estas relaciones de significación es, como señalé más arriba, de índole deíctica: cada uno de los términos de la concatenación indica el otro y finalmente todos señalan la fuente del sentido: el *Dasein*. Heidegger denomina “significatividad” a esta estructura textual del mundo. Ahora bien, a los significados pragmáticos le pueden brotar los significados lingüísticos. Los significados lingüísticos se fundan (*fundieren*) en los pragmáticos (SuZ: 87 y 161). En la lección del semestre de verano de 1925 *Prolegomena zur Geschichte des Zeitsbegriffs*, Heidegger se refiere explícitamente a la relación entre los significados pragmáticos y los lingüísticos. El *Dasein* se orienta pragmáticamente en un mundo concebido como un sistema de relaciones significativas (*Bedeutsamkeit*). La ocupación radica precisamente en la realización de esta orientación. El eje de coordenadas desde donde parte dicha orientación son las diversas

tareas en las que el *Dasein* se mueve cotidianamente. En este nivel de análisis el sistema de relaciones es de índole pragmático y la coherencia textual se circunscribe al plano de la acción. Ahora bien, en la medida en que el *Dasein* es un ser que posee lenguaje, es decir, es un ser que se expresa mediante el discurso lleva al plano de la articulación fonética los significados que estructuran su praxis. De ahí que se pueda decir que de la coherencia semántica de la acción se deriva la coherencia semántica de los significados lingüísticos. Los textos (orales, escritos o fijados en cualquier otro soporte), desde el punto de vista ontológico, tienen su condición de posibilidad en la estructura textual del mundo. Por eso, se puede concluir que la coherencia semántica del mundo y la coherencia lingüística son isomórficas en virtud de que la segunda se funda en la primera.

3. El mundo y las obras lingüísticas

La obra implica un sistema de relaciones de remisión cuya coherencia descansa, en última instancia, en el ámbito de sentido abierto por el “por mor del que”. Los textos son también obras producidas por la acción humana. Si nos restringimos sólo al campo del lenguaje, es decir, si dejamos de lado la posibilidad de considerar como textos a los sistemas de significados cuyo soporte no es el lenguaje, la idea de que el lenguaje es una obra fue desarrollada explícitamente por K. Bühler. El lenguaje es un producto del obrar del hombre; es una herramienta (*Werkzeug, organon*), un dispositivo (*Gerät*) (Bühler, 1999: 24). Esta concepción lleva consigo una determinada antropología: el hombre es *homo faber* y *zoon politikón* (Bühler, 1999: XXI). Es evidente que el modelo de la teoría del lenguaje de Bühler es el mismo que el que Heidegger utiliza para describir la estructura fundamental del *Dasein*, el ser-en-el-mundo (Bertorello, 2008). Si al lenguaje se lo considera desde el trasfondo de la acción humana productiva y social, entonces es una obra que es el resultado de un acto de producción.

Los textos tienen el mismo estatus ontológico que las obras de las que el *Dasein* se ocupa cotidianamente. En términos de K. Bühler son “obras lingüísticas” que suponen una determinada acción lingüística. K. Bühler remite estas acciones a las diversas esferas de la praxis. Visto desde el punto de vista de la analítica existencial de Heidegger, las acciones lingüísticas no son otra cosa que las diversas posibilidades fácticas abiertas por la proyección del *Dasein*. Estas posibilidades de índole existencial son las que articulan, en primer lugar, un sistema de significados pragmáticos y, en segundo lugar, son llevadas al plano del lenguaje como textos (escritos, orales o con otro soporte material). La mutua implicancia de obra lingüística y acción lingüística puede ser considerada como la implicación recíproca de la obra y el “por mor del que” que da origen a la posibilidad de producirla. Así entonces, un texto determinado se presenta también como un sistema de remisiones que apunta no sólo a su condición de producción, sino también a un posible usuario o lector. Si se considera el texto desde la recepción, entonces es el lector el que atribuye coherencia al sistema de relaciones semánticas. Esta atribución puede ser considerada como la “condición respectiva” del lector respecto de los significados textuales. En efecto, el sistema de remisiones de un texto dado sólo cobra sentido cuando apunta a la comprensión de un lector que restituye la posibilidad o posibilidades implicadas en el texto o, lo que es lo mismo, cuando logra orientarse semánticamente mediante la lectura en el mundo que el texto le propone. La expresión “mundo del texto” expresa no la mundanidad, que es una estructura a priori válida para todo texto, sino el mundo fáctico, el sistema de significados concretos que un texto determinado propone a un lector que es capaz de orientarse, es decir, de reconocer y atribuir sentido a ese conjunto de relaciones

semánticas. Ahora bien, creo que el concepto de “acto lingüístico” puede ser también incorporado a esta interpretación. Si se acepta el giro hermenéutico de la fenomenología de Heidegger, los actos que confieren significados de Husserl no son otra cosa que los tres existenciales constitutivos de la apertura (*Erschlossenheit*) del *Dasein*. La apertura y la mundanidad como constitutivos a priori están en un nivel de profundidad mayor que la acción lingüística y la obra lingüística. Dan cuenta de las estructuras formales constitutivas de la coherencia de todo texto en el plano ontológico-existencial. Por ser estructuras formales son universales. Esto quiere decir lo siguiente: la mundanidad es el texto originario al que todo texto fáctico remite, sea este texto de índole pragmática o una obra lingüística. Así entonces, habría dos niveles de continuidad semántica o coherencia: en el nivel fáctico existencial el continuum de sentido está dado primariamente en una acción determinada o, dicho de otra manera, en una esfera de la praxis concreta. Sobre la base de estas acciones se articulan o producen los textos lingüísticos (orales u escritos). La coherencia textual radica en la posibilidad que el intérprete tiene de habitar, esto es, de recorrer u orientarse semánticamente la continuidad semántica propuesta en el texto. Esta continuidad es la reconstrucción que un lector hace de la o las posibilidades fácticas que un texto determinado ofrece. En el nivel ontológico-existencial, por su parte, la coherencia se funda en estructuras a priori: el sistema de relaciones de la significatividad y la apertura implicada en dicho sistema. Los actos implicados en este nivel de la coherencia son los que posibilitan la facticidad de todo texto y su comprensibilidad.

4. El texto en el texto

Para concluir con estas reflexiones sobre la condición textual del mundo voy a referirme a un último aspecto que puede ser caracterizado del siguiente modo: “el texto en el texto”. Heidegger aborda esta cuestión en el párrafo 17 cuando trata el uso preferencial que el *Dasein* hace de un determinado tipo de útil: el signo (*Zeichen*). El signo es un útil y, como tal, es algo “para”. La peculiaridad del signo radica en que su finalidad tiene un doble sentido. La finalidad del útil designa, por un lado, su estructura ontológica, es decir, su condición de “ser a la mano” y, por otro lado, lo que podría denominarse su estructura óptica. Una vez constituido ontológicamente en “ser a la mano”, el signo se desempeña ópticamente como un útil que remite (*Verweisung*) algo para el *Dasein* (SuZ: 78). Así entonces, en el signo coincide la remisión ontológica (constitutiva de todo útil) y la remisión óptica, es decir, su finalidad específica dentro del conjunto de útiles: la utilidad del signo es indicar (*zeigen*), remitir (*verweisen*). Por eso, se puede decir que la remisión estructura óptico-ontológicamente el signo. Heidegger afirma la tesis de que el *Dasein* usa preferentemente signos ya que mediante estos útiles gana una orientación (*Orientierung*) en el mundo. Los signos orientan al *Dasein* en su praxis cotidiana y de este modo poseen un uso preferencial (SuZ:79). Le proveen al *Dasein* de una “visión panorámica” (*Übersicht*). Ahora bien, cuando el *Dasein* orienta su acción desde esta visión panorámica como, por ejemplo, cuando usa el semáforo, se vuelve patente el plexo de remisiones inherente a la totalidad de útiles. En efecto, cuando el *Dasein* se detiene en un semáforo rojo y no cruza la calle conquista una perspectiva en la que aparecen los autos, los otros peatones, las calles que se interponen en su dirección, etc. El uso de los signos en la vida cotidiana tienen este valor deíctico que organiza la espacialidad del *Dasein* y hace accesible la totalidad de remisiones. Por este motivo tienen un uso preferencial: mientras que la totalidad de remisiones permanece como un trasfondo atemático en el uso de un útil determinado, en la interpretación de un signo, por el contrario, la totalidad de remisiones se vuelve patente

para la ocupación misma. Los signos se comportan paradójicamente: por un lado, son entes “a la mano” y, por ello, no sorprenden a la ocupación. Pero, por otro, su utilidad consiste en destacar para la circunspección la totalidad de relaciones de remisión de modo tal que el *Dasein* pueda orientarse en sus ocupaciones (SuZ: 79-80). Los signos hacen patente de este modo el plexo de remisiones en el interior mismo del mundo. El hecho de que el signo sea un ente cuya función óptica sea la de remitir la totalidad de remisiones en la que los útiles están envueltos y, a su vez, el signo como útil el signo sea un ente que remite a otra totalidad de signos, ya que no existen signos aislados, es lo que me permite afirmar que esta totalidad de signos es un texto en el interior de otro texto (el mundo) cuya función es anunciar el mundo. Dicho de otra manera: el uso que el *Dasein* hace de la red de signos indicativos anuncia (*melden*) la textualidad constitutiva del mundo. De ahí que el sistema de signos pueda ser considerado como un texto dentro del texto (*mise en abyme*). En la medida en que el tipo de signo que Heidegger analiza son los “índices”, el texto que este sistema anuncia es el de la acción humana, es decir, la totalidad de significados pragmáticos a partir de los cuales pueden constituirse una red de significados lingüísticos. Pero esta dimensión de la textualidad no está presente en *Sein und Zeit*. Sólo se afirma que el texto de significados pragmáticos puede ser articulado lingüísticamente en otros textos (orales u escritos) en la medida en que el *Dasein* es un ser que se comunica (*aussprechen*).

El sistema de signos se presenta como una *mise en abyme* metatextual. La condición óptico-ontológica del signo que en el uso del mismo (dimensión óptica) revela el sistema de remisiones del mundo (dimensión ontológica) es paralela, aunque Heidegger no lo diga explícitamente, con la propiedad de la existencia. En efecto, la propiedad es aquella posibilidad fáctica (óptico-existencial) donde el *Dasein* gana la perspectiva ontológica desde la cual son posibles todos los análisis de *Sein und Zeit*. En la propiedad se funde, por decirlo así, el punto de vista óptico con el ontológico. Del mismo modo sucede con los signos: el uso óptico del sistema sígnico revela en el interior del mundo la estructura textual de la mundanidad, es decir, el hecho de que el mundo es un sistema de relaciones de significación. Por eso, se puede decir que posee un valor metatextual y, como su función, es reflejar el texto de todos los textos (el mundo) es una *mise en abyme* del código. Cabe destacar que, en la medida en que Heidegger privilegia la *deixis* o, dicho en términos de Husserl, el signo en sentido estricto, el sistema de remisiones de los signos posee un valor pragmático, es un conjunto de reglas de uso que le permiten al *Dasein* ganar una orientación espacial.

Bibliografía

BERTORELLO, A.

(2008) *El límite del lenguaje. La filosofía de Heidegger como teoría de la enunciación*, Buenos Aires: Biblos.

(2007) “Texto y textualidad en la teoría semiótica de Janos Petöfi: la constitución modal del intérprete como criterio último de la textualidad”, Madrid: Signa. Revista de la Asociación española de semiótica, N° 16, 2007, pp. 223-234.

BÜHNER, K.,

(1999) *Sprachtheorie*, Stuttgart: Lucius & Lucius UTB.

HEIDEGGER, M.

(1997) *Grundprobleme der Phänomenologie*, Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann (GA 24).

(1986) *Sein und Zeit*, Tübingen: Max Niemeyer (SuZ)